

San José, obrero

1 de mayo

Esta fiesta fue instituida por el papa Pío XII en 1955. El pontífice, aunque inspirándose en el Evangelio, pretendía cristianizar de este modo la fiesta del trabajo creada por la Internacional Socialista en 1889. La nueva fiesta sustituía, por otra parte, a la del patrocinio de san José sobre la Iglesia universal, prescrita por Pío IX en 1847, y, al mismo tiempo, recogía la rica herencia de los recientes obispos de Roma, que habían presentado a san José como «modelo de los obreros y de los trabajadores». Sin embargo, dado que no todas las naciones celebran la fiesta del trabajo el 1 de mayo, el nuevo calendario de 1969 ha reducido esta solemnidad a memoria facultativa.

LECTIO

Primera lectura: Génesis 1,26–2,3

^{1,26} Entonces dijo Dios:

–Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra.

²⁷ Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó. ²⁸ Y los bendijo Dios diciéndoles:

–Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra.

²⁹ Y añadió:

–Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento; ³⁰ y a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy como alimento toda clase de hierba verde. Y así fue. ³¹ Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

^{2.1} Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todo su ornato. ² Cuando llegó el día séptimo Dios, había terminado su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había hecho. ³ Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él había descansado de toda su obra creadora.

➔ ¿Cuál es la misión que Dios confía al hombre? El relato del Génesis presenta la creación del hombre como el punto culminante de toda la creación. Éste posee una característica singular y única: es el único ser, entre todas las criaturas, creado «*a imagen de Dios*». El Dios invisible se refleja en el rostro frágil del hombre. Hombre y mujer son imágenes de Dios, como sugiere el texto claramente: «*A imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó*» (1,27). Del mismo modo que Dios es misterio de comunión personal de amor, así el hombre es amor, es capacidad de relación, de comunión interpersonal. Pero, además de esto, según el autor sagrado, el hombre es sobre todo «*imagen de Dios*» por su autoridad sobre el universo, por su inteligencia creadora, a semejanza de la inteligencia divina, con la que ha sido puesto en condiciones de dominar la naturaleza, desarrollarla y transformarla. Éste es el punto que resulta más conforme con el tema de la jornada de hoy.

Evangelio: Mateo 13,54-58

En aquel tiempo, Jesús ⁵⁴ fue a su pueblo y se puso a enseñarles en su sinagoga. La gente, admirada, decía:

–¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos? ⁵⁵ ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ⁵⁶ ¿No están todas sus hermanas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?

⁵⁷ Y los tenía desconcertados. Pero Jesús les dijo:

–Un profeta sólo es despreciado en su pueblo y en su casa.

⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros por su falta de fe.

➔ San Mateo comienza el relato de los «hechos» de la vida terrena de Jesús con el rechazo por parte de los habitantes de Nazaret: «¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos?» (v. 54b). ¿Acaso no es este Jesús sólo «el hijo del carpintero» (v. 55a)? La palabra «carpintero» (*tektón*) aparece únicamente en Mc 6,3 y Mt 13,55, en todo el Nuevo Testamento. En el texto de Marcos el término se aplica a Jesús: es el único pasaje bíblico en el que se menciona el oficio ejercido por Jesús. En el segundo texto, el de Mateo –que es el que nos propone hoy la liturgia para nuestra meditación–, el término se aplica a José. En Mc 6,3, los atónitos judíos presentes en la sinagoga de Nazaret reaccionan con una pregunta retórica: «¿No es éste el carpintero?». Mateo, en cambio, tal vez por su veneración a Jesús, convertido casi en objeto de escarnio con esta pregunta irreverente, cambia la misma pregunta por esta otra: «¿No es éste el hijo del carpintero?», transfiriendo el oficio a la figura de José.

MEDITATIO

Expresión cotidiana de este amor en la vida de la familia de Nazaret es el trabajo. El texto evangélico preci-

sa el tipo de trabajo con el que José trataba de asegurar el mantenimiento de la familia: *el de carpintero*. Esta simple palabra abarca toda la vida de José. Para Jesús éstos son los años de la vida escondida, de la que habla el evangelista tras el episodio ocurrido en el templo: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51). Esta «*sumisión*», es decir, la obediencia de Jesús en la casa de Nazaret, es *entendida también como participación en el trabajo de José*. El que era llamado el «hijo del carpintero» había aprendido el trabajo de su «padre» putativo. Si la familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente *el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero*. En nuestra época, la Iglesia ha puesto también esto de relieve con la fiesta litúrgica de san José obrero, el 1 de mayo. *El trabajo humano*, y en particular el trabajo manual, *tienen en el Evangelio un significado especial*. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también *ha sido redimido de modo particular*. Gracias a su banco de trabajo, sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención.

En el crecimiento humano de Jesús «en sabiduría, edad y gracia» representó una parte notable *la virtud de la laboriosidad*, al ser «el trabajo un bien del hombre» que «transforma la naturaleza» y hace al hombre «en cierto sentido más hombre».

La importancia del trabajo en la vida del hombre requiere que se conozcan y asimilen aquellos contenidos «que ayuden a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de sacerdote, profeta y rey» (Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, nn. 22ss).

ORATIO

Oh san José, custodio de Jesús, esposo castísimo de María, que te pasaste la vida en el cumplimiento perfecto del deber, sosteniendo con el trabajo de tus manos a la sagrada familia de Nazaret, protege propicio a aquellos que, confiados, se dirigen a ti. Tú conoces sus aspiraciones, sus angustias, sus esperanzas, y ellos recurren a ti porque saben que encontrarán en ti quien los comprenda y proteja. También tú experimentaste la prueba, la fatiga, el cansancio, pero tu ánimo, colmado de la paz más profunda, exultó de alegría inenarrable por la intimidad con el Hijo de Dios, a ti confiado, y con María, su dulcísima Madre.

Haz que también tus protegidos comprendan que no están solos en su trabajo, haz que sepan descubrir a Jesús junto a ellos, acogerle con su gracia, custodiarle fielmente, como hiciste tú. Y obtén que en cada familia, en cada oficina, en todo taller, allí donde trabaje un cristiano, todo sea santificado en la caridad, en la paciencia, en la justicia, en la búsqueda del bien hacer, a fin de que descendan abundantes los dones de la celeste predilección (Juan XXIII, *Discorsi, messaggi, colloqui*, Ciudad del Vaticano 1961, pp. 326).

CONTEMPLATIO

Nuestro ojo, nuestra devoción, se detienen hoy en san José, el carpintero silencioso y trabajador, que dio a Jesús no el origen, sino el estado civil, la categoría social, la condición económica, la experiencia profesional, el ambiente familiar, la educación humana. Será preciso observar bien esta relación entre san José y Jesús, porque puede hacernos comprender muchas cosas del designio de Dios, que viene a este mundo para vivir entre

los hombres, pero, al mismo tiempo, como su maestro y su salvador.

En primer lugar, es cierto, es evidente, que san José asume una gran importancia, si verdaderamente el Hijo de Dios hecho hombre le escogió precisamente a él para revestirse a sí mismo de su aparente filiación: a Jesús se le consideraba como «*Filius fabri*» (Mt 13,55), el Hijo del carpintero, y el carpintero era José. Jesús, el Mesías, quiso asumir la cualificación humana y social de este obrero, de este trabajador, que era ciertamente un buen hombre, hasta tal punto que el evangelio le llama «*justo*» (Mt 1,19), es decir, bueno, óptimo, irreprochable, y que, por consiguiente, se eleva ante nosotros a la altura del tipo perfecto, del modelo de toda virtud, del santo. Pero hay más: la misión que realiza san José en la escena evangélica no es sólo la de una figura personalmente ejemplar e ideal; es una misión que se ejerce junto, mejor aún, sobre Jesús: será considerado como padre de Jesús (Lc 3,23), será su protector, su defensor. Por eso la Iglesia, que no es otra cosa sino el cuerpo místico de Cristo, ha declarado a san José su propio protector, y como tal lo venera hoy, y como tal lo presenta a nuestro culto y a nuestra meditación (*Insegnamenti di Paolo VI*, Ciudad del Vaticano 1964, pp. 187ss).

ACTIO

Repítelo con frecuencia y vive durante la jornada de hoy:

«*Haz prósperas, Señor, las obras de nuestras manos*»
(del salmo responsorial).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios «ha querido santi-

ficar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente».

Desde el comienzo de la historia de la salvación, Dios ha elegido a los hombres no solamente en cuanto individuos, sino también en cuanto miembros de una determinada comunidad. A los que eligió Dios manifestando su propósito, denominó pueblo suyo (Ex 3,7-12), con el que además estableció un pacto en el monte Sinaí.

Esta índole comunitaria se perfecciona y se consume en la obra de Jesucristo. El propio Verbo encarnado quiso participar de la vida social humana.

Asistió a las bodas de Caná, bajó a la casa de Zaqueo, comió con publicanos y pecadores. Reveló el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre evocando las relaciones más comunes de la vida social y sirviéndose del lenguaje y de las imágenes de la vida diaria corriente.

Sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria, santificó los vínculos humanos, sobre todo los de la familia, fuente de la vida social. Eligió la vida propia de un trabajador de su tiempo y de su tierra [...].

Sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad sobreeminente laborando con sus propias manos en Nazaret.

De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente, así como también el derecho al trabajo. Y es deber de la sociedad, por su parte, ayudar, según sus propias circunstancias, a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad de un trabajo suficiente.

Por último, la remuneración del trabajo debe ser tal que permita al hombre y a su familia una vida digna en el plano material, social, cultural y espiritual, teniendo presentes el puesto de trabajo y la productividad de cada uno, así como las condiciones de la empresa y el bien común (*Gaudium et spes*, 32 y 67).

San Atanasio

2 de mayo

Atanasio, nacido en Alejandría (Egipto) en torno al año 295, tuvo una formación cultural griega. Participó en el primer Concilio de Nicea (325). A los treinta y tres años se convirtió en patriarca de Alejandría, pero sufrió cinco exilios por su valiente oposición al arrianismo.

Fue a Roma, a Tréveris y al desierto egipcio, donde encontró el monacato. Murió en Alejandría el 2 de mayo de 373. Tiene el título de doctor entre los padres de la Iglesia. Escribió la *Vida de san Antonio* abad.

LECTIO

Primera lectura: 1 Juan 5,1-5

Queridos míos: ¹ El que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios. Y todo el que ama al que da el ser, debe amar también a quien lo recibe de él. ² Por tanto, si amamos a los hijos de Dios, es señal de que amamos a Dios y de que cumplimos sus mandamientos. ³ Porque el amor consiste en guardar sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. ⁴ Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo, y ésta es la fuerza victoriosa que ha vencido al mundo: nuestra fe. ⁵ ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

➔ La palabra «mundo», en los escritos joáneos, es sinónima de «mal», un mal que presenta una resistencia obstinada a la realidad de la Vida, Luz y Verdad de Dios. Lo que hay en Dios, de Dios y por Dios es amor, «espiritualidad de comunión», poder que desborda toda luminosa armonía. Es algo semejante al agua que brota fresca de la fuente o al esplendor de un cielo limpio y soleado.

La Vida ha derrotado al mundo, y la vida es nuestra fe, esa verdad que nos mantiene sumergidos en la luminosa comunión de amor de aquel que es Trinidad, ámbito donde el Hijo nos ha trasladado. Quien allí arraiga ha vencido al pecado, a las tinieblas y a la mentira: al mundo. Está ya más allá de la muerte, de aquello que, con sus pretensiones, está contra aquel que es la Vida misma.

Evangelio: Mateo 10,22-25a

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²² Todos os odiarán por causa mía, pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará. ²³ Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; os aseguro que no recorreréis todas las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre.

²⁴ El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. ²⁵ Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su señor.

➔ Jesús no creó nunca en sus discípulos expectativas e ilusiones de fáciles éxitos y triunfos sobre su futura tarea de evangelizadores, a pesar de que los enviara a predicar la verdad, el bien y el amor. De modo paradójico, precisamente por eso habrían de ser odiados, porque el mundo rechaza lo que no le pertenece. Y Jesús no es de este mundo.

A los que acaban de ser elegidos para seguir al Maestro perseguido, el Señor les asegura que no será el éxito

o el fracaso de la empresa y de sus esfuerzos lo que condicione su recompensa de amor, sino la perseverancia humilde, fiel y fuerte en la tarea recibida.

MEDITATIO

Desde que empecé a estudiar la historia de la Iglesia, Atanasio me pareció un personaje de la mayor importancia; su destino extraordinario, las persecuciones que padeció para consolidar la fe, su retorno y su segundo exilio seguido de un nuevo retorno, su dignidad de cristiano, su elevarse por encima de las más grandes desgracias que le acompañaron a lo largo de su historia, excitaron en mí una viva simpatía y un ardiente deseo de conocer más de cerca a este hombre y de estudiarlo directamente en sus obras. El misterioso sentimiento que me había ligado a él no me abandonó nunca, pues había encontrado en este padre una fuente abundante de alimento espiritual (J. A. Möhler, *Athanase le Grand et l'Église de son temps en lutte avec l'arrianisme*, París 1840, I, p. 180).

ORATIO

Oh Virgen, tu gloria supera todas las cosas creadas. ¿Qué hay que se pueda semejar a tu nobleza, madre del Verbo Dios? ¿A quién te compararé, oh Virgen, entre toda la creación? Excelsos son los ángeles de Dios y los arcángeles, pero ¡cuánto los superas tú, María! Los ángeles y los arcángeles sirven con temor a aquel que habita en tu seno, y no se atreven a hablarle; tú, sin embargo, hablas con él libremente. Decimos que los querubines son excelsos, pero tú eres mucho más excelsa que ellos: los querubines sostienen el trono de Dios; tú, sin embargo, sostienes a Dios mismo entre tus bra-

zos. Los serafines están delante de Dios, pero tú estás más presente que ellos; los serafines cubren su cara con las alas, no pudiendo contemplar la gloria perfecta; tú, en cambio, no sólo contemplas su cara, sino que la acaricias y llenas de leche su boca santa (*Elogio de la Madre de Dios*, de una homilía copta de san Atanasio).

CONTEMPLATIO

Sin un intelecto puro y una vida que tome como modelo la de los santos, no se pueden comprender las palabras de éstos.

Sólo en la cruz se muere con los brazos extendidos.

Nosotros comemos la pascua del Señor en una casa: la Iglesia católica.

Brillad con el fulgor de la fe y de la verdad.

Lo característico del cristianismo consiste precisamente en el descenso de la divinidad.

Cristo resucitado ha hecho de la vida del hombre una fiesta continua (de las obras de san Atanasio).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita durante la jornada sobre la enseñanza de san Atanasio:

«El Señor nos conoce mejor que nosotros mismos».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es sorprendente que, a pesar de tan grandes privaciones y en medio de tantas actividades, Atanasio encontrara tiempo para una producción literaria tan vasta. La mayoría de sus escritos, es verdad, están estrechamente relacionados con su lucha en de-

fensa de la fe nicena. Somete a examen crítico una y otra vez la argumentación dialéctica y exegética de sus adversarios y refuta las acusaciones que algunos enemigos sin escrúpulos lanzaban contra él. No se presenta como un sabio de profesión; dejaba de buen grado a otros la tarea de explorar los secretos del saber. Pero sus conocimientos de la Escritura, su habilidad en la lucha y la profundidad de sus convicciones le granjearon la admiración de las generaciones posteriores. Focio señala que «en todos sus escritos el estilo es claro, libre de redundancias y sencillo, pero serio y profundo, y sus argumentos, de los cuales tenía una buena reserva, son eficaces en extremo» (J. Quasten, *Patrología*, II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1972, p. 25).

Santos Felipe y Santiago

3 de mayo

Felipe, originario de Betsaida, una comunidad helenizada, fue discípulo de Juan el Bautista y uno de los primeros discípulos de Jesús (Jn 1,43). Su nombre griego hace suponer su pertenencia a una comunidad helenística. También los recuerdos evangélicos nos hablan de sus relaciones con los paganos (Jn 12,20-30). El evangelio de Juan nos refiere otras tres intervenciones suyas (1,45; 6,5-7; 14,8). Según la tradición, Felipe evangelizó Turquía, donde murió mártir.

A Santiago, hijo de Alfeo (Mc 3,18), llamado «el menor» por la tradición, se le identifica como «hermano del Señor» (Mc 6,3) y es el autor de la Carta de Santiago. Fue testigo privilegiado de la resurrección de Jesús (1 Cor 15,7) y ocupó un puesto preeminente en la comunidad de Jerusalén. Tras la dispersión de los apóstoles, en los años 36-37, Santiago aparece como cabeza de la Iglesia madre (Hch 21,18-26). Murió mártir hacia el año 62.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 15,1-8

¹ Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié, que recibisteis y en el que habéis perseverado. ² Es el Evangelio

que os está salvando, si lo retenéis tal y como os lo anuncié; de no ser así, habrís creído en vano. ³ Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; ⁴ que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras; ⁵ que se apareció a Pedro y luego a los Doce. ⁶ Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los que la mayor parte viven todavía, si bien algunos han muerto. ⁷ Luego se apareció a Santiago y, más tarde, a todos los apóstoles. ⁸ Y después de todos se me apareció a mí, como si de un hijo nacido a destiempo se tratara.

➡ El vocabulario empleado por Pablo al comienzo de esta página deja entrever la importancia fundamental de la tradición en los comienzos de la comunidad cristiana: *«Yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí»*.

A través de la tradición apostólica llegan a nosotros las noticias relativas al acontecimiento histórico-salvífico de la Pascua del Señor; a través de la tradición apostólica podemos remontarnos los cristianos a los orígenes e insertarnos en el flujo salvífico de aquella gracia.

Encontramos aquí también una antiquísima profesión de fe que, con bastante probabilidad, se remonta a los primeros momentos de la vida de los cristianos: *«Que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras; que se apareció a Pedro y luego a los Doce»* (vv. 3-5). Si es verdad que la tradición apostólica nos transmite el mensaje que salva, también lo es que nuestra profesión de fe actualiza ese mismo mensaje y lo hace eficaz para la salvación.

El apóstol de los gentiles se preocupa también de citar a los primeros grandes testigos del Señor resucitado: Pedro, en primer lugar, y, a continuación, Santiago y todos los demás apóstoles; al final se encuentra el mismo Pablo, último entre todos, aunque es un eslabón importante de esta misma tradición.

Evangelio: Juan 14,6-14

En aquel tiempo, ⁶ Jesús le respondió a Tomás:

–Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí. ⁷ Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Desde ahora lo conoceréis, pues ya lo habéis visto.

⁸ Entonces Felipe le dijo:

–Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta.

⁹ Jesús le contestó:

–Llevo tanto tiempo con vosotros ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo me pides que os muestre al Padre? ¹⁰ ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que os digo no son palabras mías. Es el Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra. ¹¹ Debéis creerme cuando afirmo que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; si no creéis en mis palabras, creed al menos en las obras que hago. ¹² Os aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo me voy al Padre. ¹³ En efecto, cualquier cosa que pidáis en mi nombre, os le concederé, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴ Os concederé todo lo que pidáis en mi nombre.

➡ Si la primera lectura nos ha hablado de Santiago, ésta, en cambio, nos presenta un diálogo entre Felipe y Jesús, precedido de una autorrevelación que Jesús ofrece a Tomás. «*Yo soy el camino, la verdad y la vida* (v. 6): de este modo, a través del apóstol Tomás, Jesús nos indica a todos nosotros el camino que debemos recorrer para alcanzar la comunión con el Padre. Jesús es el único mediador entre el Padre y nosotros, y lo es desde siempre y para siempre.

También a Felipe le habla Jesús del Padre: éste es el punto de conexión entre las dos partes del fragmento evangélico.

Jesús confirma que, ya desde ahora y a través de su persona, podemos conocer a Dios; es más, podemos *ver-le*, y de este modo creer en la plena comunión que une

a Jesús con Dios Padre. Y no sólo esto, sino que sus mismas palabras nos revelan la comunión que une a Jesús con el Padre y nuestra relación filial con el Padre. Escuchar y acoger la Palabra de Dios que llega a nosotros por medio del evangelio significa allanar el camino que nos conduce al Padre.

Además de sus palabras, también las obras de Jesús –de las que conservamos un vivo recuerdo en los relatos evangélicos–, acogidas en la fe, constituyen otros tantos caminos que se abren ante nosotros para comprender la verdadera identidad de Jesús, su relación con el Padre y nuestra relación con ambos.

MEDITATIO

Los dos apóstoles cuya fiesta celebramos hoy nos recuerdan dos aspectos fundamentales de nuestra experiencia de fe. Por un lado, Santiago nos conduce al carácter fundamental de la *traditio apostólica*. Ésta es importante y fundamental no tanto porque esté ligada a algunas personas, sino porque es de origen divino, dado que ha sido establecida por el mismo Jesús. También el objeto de la tradición apostólica hace a esta última preciosa e ineludible: estoy aludiendo sobre todo a la memoria de la pasión y muerte, resurrección y apariciones del Jesús resucitado a los Doce. De ahí que la tradición sea, al mismo tiempo, *apostólica* y *pascual*: en ella se inserta nuestra fe, aunque nos separen veinte siglos de historia.

El apóstol Felipe sugiere otra pista a nuestra meditación: él desea ver el rostro del Padre, y Jesús le responde que los rasgos de aquel rostro están ya presentes en él. Nuestra búsqueda del rostro de Dios, que en ocasiones se vuelve espasmódica y dolorosa, tampoco debería apartarse nunca de la pista que nos ofrecen los recuer-

dos evangélicos. Sólo una asidua y metódica frecuentación de los evangelios nos puede ofrecer un conocimiento suficiente y liberador de la personalidad de Jesús de Nazaret, de su misterio profundo, de su proyecto salvífico. Y de este modo, a través de esta pista, podremos entrever los rasgos de aquel rostro paterno al que toda la humanidad, de una manera más o menos explícita, tiende y anhela.

ORATIO

¡Muéstranos, Señor, tu rostro y estaremos salvados! Señor, queremos acoger a través de tu rostro, que es un rostro paterno, materno, misericordioso, la salvación que brota de tu corazón. Concédenos, oh Dios, ser capaces de captar a través de tu rostro la ternura de tu corazón. Tu rostro busco, Señor, muéstrame tu rostro. Aunque en mi vida he buscado a otros en vez de a ti, aunque he deseado a otros en vez de a ti, oh Dios, hoy quiero reconocerte como mi único bien, como mi único deseo, como mi única meta.

Tu gloria, oh Dios, brilla en el rostro de Cristo. El de Jesús es un rostro humano, como el mío y como el de muchos hermanos y hermanas en la fe. Concédeme, oh Dios, reconocer tu presencia en la imagen tuya que has estampado en el rostro de mis hermanos y mis hermanas: los que caminan junto a mí, los que habitan cerca de mí, los que sufren en este valle de lágrimas.

CONTEMPLATIO

«Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha

resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*. El gran jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca *fija en el rostro del Señor* (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, n. 16).

ACTIO

Repite y medita con frecuencia durante este día las palabras del apóstol Felipe:

«Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta» (Jn 14,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Mientras estaba sentado en el Ermitage frente al cuadro, tratando de empapar-me de lo que veía, muchos grupos de turistas pasaban por allí. Aunque no estaban ni un minuto ante el cuadro, la mayoría de los guías se lo describían como el cuadro que representaba a un padre compasivo, y la mayoría hacían referencia al hecho de que fue uno de los últimos cuadros que Rembrandt pintó después de llevar una vida de sufrimiento. Así pues, de esto es de lo que trata el cuadro. Es la expresión humana de la compasión divina.

En vez de llamarse *El regreso del hijo pródigo*, muy bien podría haberse llamado *La bienvenida del padre misericordioso*. Se pone menos énfasis en el hijo que en el padre. La parábola es en realidad una «parábola del amor del Padre». Al ver la forma como Rembrandt retrata al padre, surge en mi interior un sentimiento nuevo de ternura, misericordia y perdón. Pocas veces, si lo ha sido alguna vez, el amor compasivo de Dios ha sido expresado de forma tan conmovedora. Cada detalle de la figura del padre –la expresión de su cara, su postura, los colores de su ropa y, sobre todo, el gesto tranquilo de sus manos– habla del amor divino hacia la humanidad, un amor que existe desde el principio y para siempre.

Aquí se une todo: la historia de Rembrandt, la historia de la humanidad y la historia de Dios. Tiempo y eternidad se cruzan; la proximidad de la muerte y la vida eterna se tocan. Pecado y perdón se abrazan; lo divino y lo humano se hacen uno.

Lo que da al retrato del padre un poder tan irresistible es que lo más divino está captado en lo más humano (H. J. M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo*, PPC, Madrid ⁵1995, p. 101).

Santo Domingo Savio

6 de mayo

Domingo nació en el año 1842 en S. Giovanni di Riva, junto a Chieri (Turín). A los siete años, precisamente el día de su primera comunión, escribió ya su proyecto de vida: «Me confesaré muy a menudo y comulgaré todas las veces que el confesor me dé permiso. Quiero santificar los días festivos. Mis amigos serán Jesús y María. Antes morir que pecar».

A los doce años le recibió don Bosco en el oratorio de Turín, y el joven le pidió que le ayudara a hacerse santo. Era apacible, siempre estaba sereno y alegre, ponía gran empeño en sus deberes de estudiante y en servir a sus compañeros en lo que hiciera falta.

Domingo ha sido el fruto más hermoso del método educativo de san Juan Bosco. Un día, le dijo a un compañero del oratorio: «Has de saber que aquí hacemos consistir la santidad en estar muy alegres..., procuramos sólo evitar el pecado, como el gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón».

Sostenido por una intensa participación en los sacramentos y por una filial devoción a María, fue colmado por Dios de dones y carismas. En 1856 fundó entre sus amigos la Compañía de la Inmaculada, a fin de desarrollar una acción apostólica de grupo. Murió en Mondonio el 9 de marzo de 1857, a los quince años de edad. Pío XI le definió así: «Pequeño, aunque un gran gigante del espíritu». Es patrono de los *pueri cantores*.

LECTIO

Primera lectura: 1 Tesalonicenses 5,12-24

¹² Os rogamos, hermanos, que tengáis consideración con quienes trabajan entre vosotros y os atienden y amonestan en el nombre del Señor. ¹³ Corresponde a sus trabajos con amor siempre creciente. Y vivid en paz unos con otros. ¹⁴ También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los indisciplinados, que alentéis a los apocados, que sostengáis a los débiles, que tengáis paciencia con todos. ¹⁵ Mirad que ninguno devuelva mal por mal; al contrario, procurad haceros siempre el bien unos a otros y a todos. ¹⁶ Estad siempre alegres. ¹⁷ Orad en todo momento. ¹⁸ Dad gracias por todo, pues ésta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros como cristianos. ¹⁹ No apaguéis la fuerza del Espíritu; ²⁰ no menospreciéis los dones proféticos. ²¹ Examinadlo todo y quedaos con lo bueno. ²² Apartaos de todo tipo de mal.

²³ Que el Dios de la paz os ayude a vivir como corresponde a auténticos creyentes; que todo vuestro ser –espíritu, alma y cuerpo– se conserve irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. ²⁴ El que os llama es fiel y cumplirá su palabra.

➔ El fragmento paulino es la continuación de una exhortación dirigida a la comunidad para que realice obras de caridad con todos. Pablo enumera, en particular, las actitudes prácticas que caracterizan la conducta cotidiana del cristiano respecto a los otros: estar alegres (v. 16), orar de manera incesante (v. 17), dar gracias por todo (v. 18). Por otra parte, expone consejos para una serena vida comunitaria: no apagar la fuerza del Espíritu (v. 19), no menospreciar los dones proféticos (v. 20), discernirlo todo (v. 21), apartarse de todo tipo de mal (v. 22). Y, por último, el apóstol dirige su mirada a la obra santificadora de Dios en el hombre (vv. 23ss).

Si el cristiano muestra empeño apostólico y buena voluntad en cumplir el proyecto de Dios, no le faltará la gracia del Señor, porque él es un Dios «*fiel*», que se preocupa personalmente de proteger a cada uno de sus hijos, y no permitirá nunca que nadie los pueda sustraer de su mano benévola y paterna.

Ahora bien, la condición fundamental para permanecer en comunión con Dios sigue siendo la acción del Espíritu en el corazón del creyente, que no debe ser sofocada o apagada nunca. Sin el Espíritu, ni el individuo ni la comunidad pueden ser luz para el mundo. Con la presencia y con el don del Espíritu es como la Iglesia puede acoger cada cosa, valorarla y asimilarla a la luz del Evangelio y para el bien de cada hombre.

Evangelio: Juan 6,1-15

En aquel tiempo, ¹ Jesús pasó al otro lado del lago de Tiberíades. ² Le seguía mucha gente, porque veían los signos que hacía con los enfermos. ³ Jesús subió a un monte y se sentó allí con sus discípulos. ⁴ Estaba próxima la fiesta judía de la pascua. ⁵ Al ver aquella muchedumbre, Jesús dijo a Felipe:

—¿Dónde podríamos comprar pan para dar de comer a todos éstos?

⁶ Dijo esto para ver su reacción, pues él ya sabía lo que iba a hacer. ⁷ Felipe le contestó:

—Con doscientos denarios no compraríamos bastante para que a cada uno de ellos le alcanzase un poco.

⁸ Entonces intervino otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, diciendo:

⁹ —Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué es esto para tanta gente?

¹⁰ Jesús mandó que se sentaran todos, pues había mucha hierba en aquel lugar. Eran unos cinco mil hombres. ¹¹ Luego tomó los panes y, después de haber dado gracias a Dios, los distribuyó entre todos. Hizo lo mismo con los peces y les dio todo lo que quisieron. ¹² Cuando quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos:

–Recoged lo que ha sobrado, para que no se pierda nada.

¹³ Lo hicieron así y, con lo que sobró de los cinco panes, llenaron doce cestos.

¹⁴ Cuando la gente vio aquel signo, exclamó:

–Este hombre tiene que ser el profeta que debía venir al mundo.

¹⁵ Jesús se dio cuenta de que pretendían proclamarlo rey. Entonces se retiró de nuevo al monte, él sólo.

➔ El milagro de la multiplicación de los panes introduce, de manera simbólica, el magno «discurso del pan de vida» (Jn 6,22-59) y se sitúa en el centro de la actividad pública de Jesús. Se trata de un signo querido por el Maestro para revelarse a sí mismo.

Juan, sin embargo, presenta el signo como el nuevo milagro del maná (*cf.* Ex 16), realizado por Jesús, nuevo Moisés, en un nuevo éxodo, y como símbolo de la eucaristía, cuya institución en la última cena, a diferencia de los sinópticos, no cuenta el cuarto evangelista. El fragmento revela así un preciso significado cristológico y sacramental, que no es tanto saciar a la gente como revelar la gloria de Dios en Jesús, Palabra hecha carne.

El texto lo podemos subdividir de este modo: después de una introducción histórica (vv. 1-4), se presenta el diálogo entre Jesús y los discípulos (vv. 5-10); a continuación, a la descripción del signo-milagro (vv. 11-13), siguen la incomprensión de la muchedumbre y la soledad de Jesús, que se retira a orar al monte (vv. 14ss).

Para Juan, en Jesús se cumple el pasado y se realiza toda la esperanza de Israel. En efecto, el pan que el Maestro va a dar al pueblo perfecciona –superándola– la pascua judía y pone el gran milagro bajo el signo del banquete eucarístico cristiano. Jesús habla primero a la gente que le sigue de una nueva alianza con Dios y de vida eterna (a la que está destinada la humanidad), después toma la iniciativa y llama la atención del apóstol

Felipe sobre la dificultad del momento. La solución humana no basta para saciar las necesidades del hombre (v. 7).

Es Jesús, entonces, el que satisface en plenitud toda necesidad. El alimento se multiplica en sus manos. Todos quedan alimentados hasta tal punto que, siguiendo la palabra de Jesús, se reúnen los trozos sobrantes en doce cestos «*para que no se pierda nada*» (vv. 12ss). Jesús, con el signo del pan, se presenta como el Mesías esperado, que sacia a su pueblo sin bajar a compromisos con el proyecto que el Padre le ha trazado.

MEDITATIO

La Palabra de Dios y el testimonio de santidad ofrecido por Domingo Savio nos invitan a reflexionar sobre la educación de los jóvenes y sobre el modo de relacionarnos con ellos. El gran principio educativo empleado por don Bosco para llevar a la santidad al joven Domingo fue llegar directamente a los ámbitos de la persona que expresan la totalidad del ser humano, a partir de su corazón, de sus afectos, de sus intereses, de su mundo emocional.

En realidad, la educación de los jóvenes *es cuestión de corazón*, y todo funciona con los jóvenes si lo anima un corazón bueno.

El mismo Jesús, como todo verdadero educador cristiano, nos dejó en su vida pública este ejemplo fundamental de vida en la relación con sus interlocutores: sacia a las muchedumbres, atrae a sí a los niños, vuelve a dar la vida a quien la ha perdido, pero todos sus gestos parten de su corazón apacible y misericordioso. Esto significa aceptar a la persona en sí misma y por lo que ella es; esto significa comprenderse el uno al otro poniéndose en la misma longitud de onda, convertirse en

«expertos en humanidad», llegando al centro del corazón de la persona. Sólo con esta condición, la respuesta que nace en el joven que se siente acogido y amado es compartir con el otro y acogerle, vivir en un clima de alegría y de fiesta, del que especialmente todo joven tiene necesidad para desarrollarse y para encontrar al Dios vivo.

El santo de los jóvenes decía, en efecto: *«Aquí hacemos consistir la santidad en estar muy alegres»*. Estas palabras, que son verdaderamente evangélicas, encontraron un terreno fértil en la respuesta de Domingo Savio a la acción del Espíritu Santo, que suscita la certeza de fe, fuente de esperanza.

ORATIO

Te rogamos, Señor Jesús, Dios de la vida y de la alegría, por intercesión de santo Domingo Savio, que aprendamos a recorrer los caminos de la esperanza y de la santidad juvenil y a imitar su amor por ti, su devoción a María, su celo por las almas. Haz, oh Señor, que, proponiéndonos también nosotros querer morir antes que pecar, obtengamos nuestra salvación eterna. Concédenos, además, que en la oración, en el sacrificio y en la alegría, siguiendo la guía de don Bosco, podamos alcanzar también nosotros en breve tiempo la perfección y demos así a nuestra vida entusiasmo y constancia en el servicio generoso a ti.

Protege, oh Señor, a los jóvenes que encontremos, para que crezcan puros y generosos como Domingo Savio, abiertos en el diálogo con los padres y los educadores, portadores de novedad y de alegría. La santidad es signo de la presencia de tu Espíritu, que actúa en medio de nosotros hasta el fin de los tiempos.

Concédenos también a nosotros, por este mismo santo Espíritu, ser amigos de Dios y de los jóvenes, verda-

deros educadores en la fe, a fin de que nuestro trabajo produzca frutos de gracia y de santidad, y nosotros podamos ser sembradores de verdadera y contagiosa alegría con todos, estar enteramente consagrados a tu Reino y al servicio de los hermanos, especialmente al de los jóvenes más pobres y abandonados.

CONTEMPLATIO

Es propio de la edad juvenil cambiar a menudo de propósito sobre aquello que se quiere. En el caso de nuestro Domingo, no fue así. Todas las virtudes crecieron en él de una manera maravillosa, y crecieron juntas sin que una oscureciera a la otra. Cuando llegó a la casa del Oratorio, su mirada se posó de inmediato en un cartel sobre el que estaban escritas con letras grandes las siguientes palabras: *Da mihi animas, cetera tolle*. Las pensó un momento y después añadió: «Lo he comprendido; aquí no se negocia con dinero, sino con almas. Espero que también mi alma forme parte de este comercio». Aquí tuvo su inicio aquel ejemplar tenor de vida, aquella exactitud en el cumplimiento de sus deberes, que difícilmente se podría superar.

La noche del 8 de diciembre de 1854, día de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, Domingo fue ante el altar de María, renovó las promesas hechas en su primera comunión y, a continuación, dijo repetidas veces estas precisas palabras: «María, te doy mi corazón. Jesús y María, sed siempre mis amigos. Pero, por piedad, hacedme morir antes de que me ocurra la desgracia de cometer un solo pecado».

Hacía seis meses que Savio vivía en el oratorio, cuando tuvo lugar una predicación sobre el modo de hacerse santo. Aquella predicación fue para Domingo como una chispa que le inflamó de amor de Dios el co-

razón. «Siento en mí –decía– un deseo y una necesidad de hacerme santo. Ahora que he comprendido que esto se puede realizar también estando alegre, quiero y necesito absolutamente hacerme santo. Dios me quiere santo, y yo debo llegar a serlo. Quiero hacerme santo, y seré infeliz hasta que no lo sea» [...].

Lo primero que se le aconsejó para llegar a ser santo fue ingeniárselas a fin de ganar almas para Dios. Este pensamiento se convirtió en la continua respiración de su vida. Leía preferentemente la vida de aquellos santos que habían trabajado, de manera especial, por la salvación de las almas; hablaba de buena gana de los misioneros. Más de una vez se le oyó decir: «Si pudiera ganar para Dios a todos mis compañeros, ¡qué feliz sería! Estas almas esperan nuestra ayuda». El pensamiento de ganar almas le acompañaba a todas partes. Murió sonriendo con aire de paraíso (Juan Bosco, «Vita del giovanetto Savio Domenico», en *Opere edite*, Roma 1976, XI, pp. 187ss, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y ora hoy con las palabras de san Pablo:

«*Estad siempre alegres. Orad en todo momento*» (1 Tes 5,16-17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Se oyó exclamar a don Bosco: «Si yo fuera papa, no tendría ninguna dificultad para declarar santo a nuestro Domingo Savio». Estaba convencidísimo de que la Iglesia le elevaría algún día al honor de los altares, junto a san Luis. A fin de que los acontecimientos de su vida no se perdieran, pidió a sus amigos que escribieran lo que sabían de Domingo. Uniendo los

recuerdos de todos, escribió una breve biografía que pudiera hacer bien a los muchachos. En 1859, sólo dos años después de la muerte de Domingo, presentaba don Bosco a los jóvenes del oratorio la *Vida del jovencito Domingo Savio*. Esta pequeña vida se difundió rápidamente por el mundo e hizo bien a muchísimos jóvenes. Pronto se hizo sentir la necesidad de «hacer algo» para elevar a Domingo a la gloria de los santos.

Al principio pareció asunto difícil. Era la primera vez en dos mil años de vida de la Iglesia que se proponía declarar santo a un muchacho. Cuando murió, Domingo no tenía ni siquiera quince años. La gran pregunta que se hicieron los teólogos de Roma, y a la que muchos dudaban en responder, era: «¿Puede llegar a la santidad un muchacho de sólo quince años?». Fue monseñor Salotti, que llegaría después a cardenal, quien se encargó especialmente de estudiar el problema. Se sintió tan fascinado por la figura de Domingo que habló inmediatamente de él al papa Pío X. He aquí el diálogo, tal como lo conservó el mismo monseñor Salotti. «Santo padre, ¿qué piensa de Domingo Savio?». «¿Qué pienso? –me interrumpió el santo padre–. ¡Es el verdadero modelo para la juventud de nuestros tiempos! Un adolescente que lleva a la tumba la inocencia bautismal y que durante los breves años de su vida no manifiesta defecto alguno es verdaderamente un santo. ¿Qué más podemos pretender?». «Sin embargo, santo padre, cuando el 11 de febrero pasado se introdujo la causa de beatificación, cuya defensa tuve el honor de que se me reservara, alguien me objetó que Savio era demasiado joven para elevarlo al honor de los altares». «Razón de más para canonizarlo –me replicó el pontífice–. Es muy difícil para un joven observar las virtudes de una manera perfecta. Y Savio lo ha conseguido... Trabaje con desvelo por llevar adelante la causa...». «Santo padre, estoy escribiendo una vida de este jovencito en la que recojo no sólo lo que dejó escrito don Bosco, sino también lo que sus discípulos contaron o escribieron sobre él». «Si termina pronto esta vida –concluyó el papa– tráigame una copia. La leeré con gusto».

Monseñor Salotti salió de aquella estancia con lágrimas en los ojos. Treinta días después, moría san Pío X. Cuando monseñor Salotti terminó el manuscrito de la *Vida de Domingo Savio*, bajó a la cripta de la basílica de San Pedro y lo depositó un

momento sobre la tumba de Pío X. Se arrodilló y dijo: «Aquí está, santo padre, le he traído mi trabajo. Bendígalo desde el cielo, para gloria de Domingo Savio» (T. Bosco, *San Domenico Savio*, Colle Don Bosco 1973, pp. 121-123 [edición española: *Santo Domingo Savio*, CCS, Madrid 1983]).

San Juan de Ávila

10 de mayo

Dicen los autores que Juan de Ávila es la figura más importante del clero secular español del siglo XVI. Nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) hacia el año 1499. De familia muy rica, al morir sus padres repartió todos sus bienes entre los pobres y, después de tres años de oración y meditación, se decidió por el sacerdocio.

Estudió filosofía y teología en la Universidad de Alcalá, donde hizo amistad con el P. Guerrero, que después fue arzobispo de Granada y amigo suyo durante toda la vida.

Las sabias lecciones de artes del maestro Soto, de quien fue discípulo predilecto, y las lecturas del docto maestro Medina, que enseñaba por la nueva vía de los nominales, alternaban con la sabrosa lección de unos libros de Erasmo, saturados de espíritu paulino y salpicados de mordaces censuras ansiosas de reforma.

Desarrolló su actividad apostólica especialmente en el sur de España. Murió santamente en Montilla (Córdoba) el 10 de mayo de 1569, diciendo «Jesús y María».

Beatificado en 1894, el papa Pío XII le nombró «patrono del clero secular español» el 2 julio de 1946. Fue canonizado por Pablo VI en el año 1970.

LECTIO

Primera Lectura: Isaías 61,1-2

¹ El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros, la libertad; ² para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios; para consolar a los afligidos, los afligidos de Sión.

➔ Se cuenta que el fuego apostólico había prendido en el alma de Juan de Ávila y que las Indias se le antojaban cañaveral seco pronto para el incendio, porque *«el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros, la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor»*. Juan piensa ir allí con el padre Garcos, de la orden de santo Domingo, que marcha como primer obispo de Tlaxcala. Pero su mencionado amigo el P. Guerrero, arzobispo de Granada, le dijo: «Aquí en España también hay muchos a quienes misionar y evangelizar. ¡Quédese predicando entre nosotros!».

Le obedeció y se dedicó a predicar por Andalucía. Y las conversiones que conseguía fueron asombrosas. Su predicación era fuerte. No prometía vida en paz a quienes querían vivir en paz con sus pecados; sin embargo, iba proclamando siempre *«el año de gracia del Señor»*, y lo hacía *«para consolar a los afligidos»*. De ahí que animara enormemente a todos los que lo desearan a salir de su anterior vida de pecado. Un gran número de sacerdotes le seguía por donde predicaba, para ayudarle a confesar y colaborar en la catequesis de los niños y en la administración de los sacramentos. Ricos

y pobres, jóvenes y viejos, todos acudían con gusto a escucharle.

Evangelio: Marcos 1,14-20

En aquel tiempo, ¹⁴ después de que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. ¹⁵ Decía:

–Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.

¹⁶ Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. ¹⁷ Jesús les dijo:

–Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

¹⁸ Ellos dejaron inmediatamente las redes y le siguieron.

¹⁹ Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes.

²⁰ Jesús los llamó también, y ellos, dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, se fueron tras él.

➔ *«Convertíos y creed en el Evangelio»*. En labios de Jesús, convertirse ya no significa volver hacia atrás, a la antigua alianza y a la observancia de la Ley, sino más bien dar un salto hacia adelante y entrar en el Reino, agarrarse a la salvación, que ha venido para todos los hombres gratuitamente por libre y soberana iniciativa de Dios.

Conversión y salvación se han intercambiado de puesto. Ya no es primero la conversión por parte del hombre y, en consecuencia, después la salvación como recompensa por parte de Dios, sino que es primero la salvación, como ofrecimiento generoso y gratuito de Dios, y, después, la conversión, como respuesta del hombre. Por eso, la idea subyacente en toda la doctrina sobre la conversión ya no es *«convertíos para ser salvados; convertíos y la salvación vendrá a vosotros»*, sino

«convertíos *porque estáis* salvados, porque la salvación ha venido a vosotros».

En esto consiste el «alegre anuncio», la «Buena Noticia», en el carácter gozoso de la conversión evangélica. Dios no espera a que el hombre dé el primer paso, cambie de vida, produzca obras buenas, como si la salvación fuese la recompensa debida a sus esfuerzos. No, primero está la gracia, la iniciativa de Dios. En esto, el cristianismo se distingue de cualquier otra religión: no comienza predicando el deber, sino el don; no comienza con la Ley, sino con la gracia.

MEDITATIO

Desde el principio de su sacerdocio, Juan de Ávila demostró en su predicación una elocuencia extraordinaria. El pueblo acudía en gran número a escuchar sus sermones dondequiera que él fuera a predicar. Cada predicación la preparaba con cuatro o más horas en oración de rodillas. A veces, pasaba la noche entera ante un crucifijo o ante el santísimo sacramento, encomendando la predicación que iba a hacer después a la gente. Y los resultados eran formidables. Los pecadores se convertían a montones. A sus discípulos les decía: «Las almas se ganan con las rodillas». A uno que le preguntaba cómo hacer para lograr convertir al menos a una persona en cada sermón, le dijo: «¿Es que usted espera convertir en cada sermón a una persona?». «No, eso no», le respondió al otro. «Pues por eso es por lo que no los convierte –le dijo el santo–, porque para poder obtener conversiones hay que tener fe en que sí se conseguirán conversiones. ¡La fe mueve montañas!»

A otro que le preguntaba cuál era la principal cualidad para poder llegar a ser un buen predicador, le respondió: «La principal cualidad es ¡amar mucho a Dios!».

ORATIO

Oh Dios, que hiciste de san Juan de Ávila un maestro ejemplar para tu pueblo por la santidad de su vida y por su celo apostólico, haz que también en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de tus ministros.

CONTEMPLATIO

Dios concedió a Juan de Ávila la especialísima cualidad de tener y ejercer un gran ascendiente sobre los sacerdotes. Bastaba con que le vieran celebrar misa o le oyeran un sermón para que los sacerdotes quedaran muy agradablemente impresionados por su modo de obrar y predicar. Y, después, en sus sermones, ellos solían estar entre el público oyéndole con gran atención.

El sabio escritor fray Luis de Granada se colocaba cerca de él, lápiz en mano, e iba escribiendo sus sermones. De cada sermón del santo sacaba el material necesario para él predicar luego al menos diez sermones. Los sacerdotes decían que cuando Juan de Ávila predicaba era como si estuvieran oyendo al mismo Dios.

Fue reuniendo grupos de sacerdotes y, haciéndoles meditar con frecuencia sobre la pasión de Jesucristo y sobre la eucaristía y rezar y recibir los sacramentos, les enfervorizaba y después los enviaba a predicar. Y los frutos que conseguían eran inmensos.

Un día, en Granada, mientras Juan de Ávila pronunciaba un importante sermón, de pronto se oyó en el templo un grito fortísimo. Era Juan de Dios —después, santo—, que había sido antes militar y comerciante y que ahora se convertía y empezaba una vida de santidad admirable. En adelante, Juan de Dios tendrá siempre

como consejero a Juan de Ávila, a quien atribuirá su conversión.

Tres temas le llamaban mucho la atención para predicar: la eucaristía, el Espíritu Santo y la Virgen María. Y una de sus cualidades más admirables era su gran humildad: pese a sus brillantes éxitos apostólicos, siempre se creía un pobre y miserable pecador. Cuando estaba ya agonizante, vio que un sacerdote le trataba con una gran veneración, y le dijo: «Padre, trátame como a un miserable pecador, porque eso es lo que he sido, nada más». Cuando en su última enfermedad los dolores arreciaban, apretaba el crucifijo entre sus manos y exclamaba: «Dios mío, si así te parece bien que suceda, está bien, ¡está muy bien!».

ACTIO

Repite con frecuencia y vive siempre las palabras de san Juan de Ávila:

«Dios mío, si así te parece bien que suceda, está bien, ¡está muy bien!».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No sé otra cosa más eficaz con la que a vuestras mercedes persuada de lo que les conviene hacer que traerles a la memoria la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho al llamarnos para la alteza del oficio sacerdotal. Y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¿qué será en el Nuevo Testamento, en el cual los sacerdotes de él somos como sol en comparación de noche y como verdad en comparación de figura?

Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hecho semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la cruz donde

murió, y al sepulcro donde fue sepultado. Y todas estas cosas santas, por haberlas Cristo tocado; y de lejanas tierras van a las ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en otros lugares? Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando a la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y, a modo de decir, criadores de Dios, a los cuales nombres conviene gran santidad.

Esto, padres, es ser sacerdotes: que amansen a Dios cuando estuviere, ¡ay!, enojado con su pueblo; que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones y les da lo que piden, y tengan tanta familiaridad con él; que tengan virtudes más que de hombres y pongan admiración a los que los vieren: hombres celestiales o ángeles terrenales; y aun, si pudiere ser, mejor que ellos, pues tienen oficio más alto que ellos» («De una plática de san Juan de Ávila, presbítero», *Obras completas del santo maestro Juan de Ávila*, BAC, 3, 364-365.370.373).

San Matías

14 de mayo

Según Eusebio de Cesarea, Matías habría sido uno de los setenta discípulos a los que Jesús –según el testimonio de Lc 10,1ss– envió en misión. Es cierto que Matías constituye la duodécima columna en el colegio apostólico. Los Once le eligieron para sustituir a Judas, que había entregado a Jesús a sus verdugos. Fue elegido precisamente porque había seguido a Jesús durante su ministerio público, desde su bautismo por Juan el Bautista hasta el día de la ascensión de Jesús al cielo. Su nombre se encuentra en la segunda lista de santos del canon romano.

LECTIO

Primera lectura: Hechos 1,15-17.20-26

¹⁵ Uno de aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos, que eran unos ciento veinte, y dijo:

¹⁶ –Hermanos, tenía que cumplirse la Escritura que había anunciado el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, el que guió a los que prendieron a Jesús. ¹⁷ Era uno de los nuestros y participaba de este ministerio. ²⁰ Así está escrito en el libro de los Salmos:

*Que su morada quede desierta,
y no haya quien la habite.*

Y también:

Que otro ocupe su cargo.

²¹ Se impone, por tanto, que uno de los que nos acompañaron durante todo el tiempo que el Señor Jesús estuvo con nosotros, ²² comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado a los cielos, entre a formar parte de nuestro grupo, para ser con nosotros testigo de su resurrección.

²³ Presentaron a dos: a José, apellidado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. ²⁴ Y oraron así:

–Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, señala a cuál de estos dos has elegido ²⁵ para ocupar, en este ministerio apostólico, el puesto del que se apartó Judas para irse al lugar que le correspondía.

²⁶ Echaron suertes y le tocó a Matías, y quedó asociado al grupo de los once apóstoles.

➔ Pedro, al comienzo de su ministerio apostólico, se preocupa de dar a conocer a la primitiva comunidad cristiana la importancia que tiene proceder a la recomposición del número de los apóstoles: doce. Este número, en efecto, no tiene sólo un valor simbólico, sino también y sobre todo un valor histórico. Es absolutamente necesario sustituir a Judas, que había desertado de la fe y hecho incompleto aquel número. Sólo así podrá continuar la tradición apostólica su tarea de manera eficaz y creíble.

El candidato, para ser auténtico testigo, debe haber compartido los acontecimientos históricos del ministerio público de Jesús: también este detalle es digno de la máxima atención, a fin de atestiguar que el magno acontecimiento de la resurrección del Señor debe ser referido y reconducido al acontecimiento del Jesús prepascual. En efecto, la fe, para el cristiano, se inserta en la historia, y la historia se abre a Dios, que la visita y la salva.

Es digno de señalar el hecho de que todo esto termina con una oración (*cf.* vv. 24ss) con la que los apóstoles dejan entender claramente que la elección realizada no es obra suya, sino que ha sido confiada totalmente a

la voluntad y a la intervención del Señor. Ésta es también una óptima enseñanza para nosotros: siempre hemos de tener abiertas nuestras decisiones a la voluntad de Dios e inspirar nuestras opciones en las de Dios.

Evangelio: Juan 15,9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. ¹⁰ Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

➔ El mensaje que nos transmite Juan el Bautista respecto a la importancia de los apóstoles en la vida de la Iglesia podemos resumirlo en estos puntos neurálgicos: en primer lugar, el apóstol comparte la misma misión con Jesús, que le ha elegido y le ha enviado. Y, antes, Jesús y sus discípulos comparten el mismo amor que Dios Padre les ha entregado.

Por eso el apóstol, antes que nada, debe *permanecer en el amor*: en el amor de Jesús a ellos y en el amor del Padre a Jesús. Permanecer en el amor significa vivir en la comunión perfecta, que es, al mismo tiempo, hori-

zontal y vertical, es decir, con los hermanos en la fe y con Dios, término último de nuestro amor. El verdadero discípulo de Jesús, precisamente porque se siente amado y comparte con Jesús el amor de Dios Padre, sabe que tiene que observar un mandamiento, al que no puede sustraerse: *el mandamiento del amor*. También nosotros, como verdaderos discípulos de Jesús, nos sentimos movilizados a amar: una movilización que no suprime en absoluto la libertad de la adhesión; al contrario, la exalta. Por último, el verdadero discípulo de Jesús, que ha adquirido ahora la plena conciencia de ser su amigo, se siente llamado a vivir este amor «*hasta el final*», esto es, hasta la entrega de sí mismo. No sería amistad verdadera la que no estuviera dispuesta a alcanzar también esta meta. En esto se diferencia el amigo del siervo.

MEDITATIO

Nuestra meditación se detiene en el insondable mensaje que se desprende de la página evangélica que acabamos de leer hace un momento. Es el binomio apóstol-amigo el que atrae, sobre todo, nuestra atención. En primer lugar, para comprender que el apostolado –*todo* apostolado– no se reduce sólo a una misión, aunque sea de origen divino, que pueda resolverse en actitudes de pura obediencia formal. El apostolado es, ante todo, *amor acogido y correspondido*. El apóstol es alguien que se siente llamado a amar, a amar hasta el extremo, a amar más allá de toda humana posibilidad, a amar a todos, siempre, a amar hasta la entrega total de sí mismo. Precisamente como Jesús: como Jesús hizo respecto a su Padre, así también se siente llamado a hacer el apóstol respecto a Dios y a los hermanos.

En segundo lugar, el apostolado ha de ser reconducido a un mandamiento: un mandamiento divino que, como tal, una vez acogido no puede ser desatendido o

dejado de lado. El apóstol se siente «movilizado» por Alguien cuyo precepto es *fuerza de libertad y de alegría*. Una libertad que no consiste en hacer simplemente lo que se quiere, sino en hacer lo que complace al Amado, por amor, sólo por amor. Y una alegría que no se mide según las capacidades humanas, sino que es un don exquisito del amor que nos ha sido dado y que, a nuestra vez, damos a los otros.

Por último, el apóstol tiene plena conciencia de haber sido *elegido*: no es él el sujeto principal de la misión que desarrolla, sino Aquel que le ha elegido y enviado. No es él quien tiene que tomar la iniciativa de la misión, sino Aquel que le ha mirado con amor y predilección. No es él quien tiene que dar fruto, sino Aquel que le ha amado y le ha elegido previamente.

ORATIO

Señor Jesús, quiero ser tu amigo. No mirar mis méritos, sino sólo tu corazón misericordioso. Seré tu amigo únicamente si tú no cesas de mirarme con un amor de predilección, perdonando mi pecado.

Señor Jesús, quiero ser tu amigo. Sé que necesitas colaboradores libres y alegres, y yo quiero ser uno de ellos. Libera mi corazón de todo vínculo de pecado y hazlo capaz de amar como tú me has amado y me amas siempre.

Señor Jesús, quiero ser tu amigo, uno de tus predilectos, porque me has dicho y confiado todo lo que tenías en el corazón, porque me has dado todo lo que tu corazón puede dar, porque me has introducido en los secretos de tu amor al Padre.

Señor Jesús, quiero ser tu amigo, porque todavía tengo que aprender mucho de ti y tú tienes que confiarme y entregarme aún muchas cosas. Podré decir que soy tu

amigo sólo cuando me hayas configurado totalmente a ti, identificado por completo al Padre.

CONTEMPLATIO

El don total de nuestro amor a Dios y el don que él nos hace a cambio, la completa y eterna *unión*, es el estado más elevado al que podemos acceder, *el grado superior de la oración*. Las almas que lo han alcanzado son verdaderamente *el corazón de la Iglesia* y en ellas vive el amor sacerdotal de Jesús. Escondidas con Cristo en Dios, no pueden hacer otra cosa que irradiar en otros corazones el amor divino, del que están repletas, y cooperar en la perfección de todos los hombres en la unión con Dios, que fue y es el gran deseo de Jesús.

La historia oficial no habla de estas fuerzas invisibles e incalculables, pero la fe del pueblo creyente y el juicio atento y vigilante de la Iglesia las conocen, y nuestro tiempo se ve cada vez más obligado, cuando llega a faltar todo, a esperar la salvación última de estas fuentes escondidas (E. Stein).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy estas palabras de los apóstoles:

«Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, señala a quién has elegido como testigo» (cf. Hch 1,24ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hemos sido llamados a ser siervos, de modo que el llegar a ser ministros es un compromiso progresivo a través del cual descubrimos siempre nuevas fronteras de servicio, de consagra-

ción, de disponibilidad, de entrega de nosotros mismos. Jesucristo es ministro así: «No he venido a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45).

Debemos pensar mucho sobre este aspecto, porque si no le prestamos atención, mientras se multiplican las dimensiones exteriores de la dimensión ministerial –pues ahora ya no se sabe qué es lo que no debe hacer un sacerdote, todos los días se descubre un nuevo confín–, existe el riesgo de perder el sentido de la interiorización de la misma. Es preciso no *hacer* de ministro, sino *serlo*. No prestar un servicio, sino servir, convertirse en siervos, ser consumidos, devorados por el servicio.

Si el concilio ha vuelto a proponer con tanta solemnidad la expresión «sacerdocio ministerial» –y recuerdo que al principio había quien se ponía triste al oír calificar al sacerdocio como «ministerial», porque parecía una especie de *diminutio capitis*–, hoy nos damos cuenta de que la expresión es mucho menos trivial de lo que parecía. Al contrario, es extremadamente exigente en cuanto contenido y comprometedora para nuestra fidelidad: convertirse en siervos, convertirse en ministros, convertirse en sacramento del ministerio de Jesús, que se ofreció y se consumió hasta el extremo. Esta identificación del sacerdocio con la dimensión ministerial no debe ser separada nunca de la visión de aquella gracia que, a través de la dimensión ministerial del sacerdote, fluye en el cuerpo de la Iglesia y de la comunidad de los creyentes. La dimensión ministerial del sacerdote es vehículo de gracia, es esencialmente sacramental (A. Ballestrero).

San Felipe Neri

26 de mayo

Felipe Neri nació en Florencia en 1515. A los veinte años se fue a Roma con la intención de vivir como laico y eremita. Sin embargo, su afabilidad y alegría le rodearon pronto de jóvenes, convirtiéndose en un educador paterno e incisivo de los mismos. Fue el verdadero apóstol de Roma, que, gracias sobre todo a su acción, mejoró considerablemente su rostro cristiano.

Alma de artista, promovió la música, especialmente el «oratorio». Fundó asimismo una modalidad original de vida consagrada a la que dio el nombre de «oratorio». Fue un hombre de oración intensa, director espiritual, confesor iluminado, místico, amigo y consejero de papas. Murió en la noche del Corpus Christi de 1595.

LECTIO

Primera lectura: Filipenses 4,4-9

Hermanos: ⁴ Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. ⁵ Que todo el mundo os conozca por vuestra bondad. El Señor está cerca. ⁶ Que nada os angustie; al contrario, en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias. ⁷ Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús.

⁸ Por último, hermanos, tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable. ⁹ Practicad asimismo lo que habéis aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con vosotros.

➔ El texto de Pablo insiste en el motivo de la alegría, cuyo mandato repite dos veces (v. 4). Y esta invitación a la alegría –no lo olvidemos– procede de la boca de un prisionero probado por diferentes dificultades y sufrimientos.

El tema de la alegría es un estribillo constante en la carta del apóstol, como un signo de amor y esperanza. Se trata de una alegría que tiene su fundamento en la certeza de que «*el Señor está cerca*» (v. 5b). Las características de esta alegría son precisas. Es una alegría duradera: «*Estad siempre alegres en el Señor*» (v. 4). Es una alegría que no constituye un fin en sí misma, sino que se abre a los otros con un estilo de bondad y se traduce en afabilidad con «*todo el mundo*» (v. 5). No se deja abrumar por las preocupaciones, pues éstas carecen de la fuerza necesaria para poner en tela de juicio el centro de la seguridad, que es el Señor. Por último, tiene como fruto una promesa de «*paz*», que es salvación.

Evangelio: Juan 15,1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹ Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. ² El Padre corta todos los sarmientos unidos a mí que no dan fruto y poda los que dan fruto, para que den más fruto. ³ Vosotros ya estáis limpios, gracias a las palabras que os he comunicado. ⁴ Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros. Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo sin estar unido a la vid, y lo mismo os ocurrirá a vosotros, si no estáis unidos a mí.

⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ El que no permanece

unido a mí es arrojado fuera, como los sarmientos que se secan y son amontonados y arrojados al fuego para ser quemados.

⁷ Si permanecéis unidos a mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis. ⁸ Mi Padre recibe gloria cuando producís fruto en abundancia, y os manifestáis así como discípulos míos.

➔ Este pequeño cuadro simbólico de la alegoría de la vid saca a la luz la relación que existe entre Jesús-vid, el Padre-viñador y la comunidad de los discípulos, representada por los sarmientos. Jesús presenta su identidad y su relación con el Padre. Él es la «*vid verdadera*» que da la vida; él es la viña fiel que ha correspondido a los cuidados de Dios, produciendo el vino excelente de la fidelidad a la alianza; él es el mediador que muere por los suyos en la plenitud del amor. Ahora bien, del mismo modo que la vid está unida a los sarmientos, así Jesús está unido a los discípulos, que toman de él la vida divina (v. 2). Sin embargo, para dar fruto, es necesaria la unión personal y vital con Jesús, y la Palabra de Dios es el instrumento para podar y purificar. El vínculo de amor que une a Jesús con el Padre fundamenta la comunión de los discípulos entre ellos y de ellos con Jesús. Sólo Jesús está en condiciones de purificar a los discípulos. Separarse de él significa no tener otra alternativa que el fuego, es decir, vivir en una esterilidad radical.

MEDITATIO

La amable figura del «*santo de la alegría*» conserva intacta la irresistible atracción que ejercía en cuantos se acercaban a él para aprender a conocer y experimentar las fuentes auténticas de la alegría cristiana.

En efecto, cuando recorremos la biografía de san Felipe Neri, nos sorprende y fascina el *modo alegre y amable con el que sabía educar*, acercándose fraternal y paciente-

mente a todos. Como es sabido, este santo solía recoger sus enseñanzas en *breves y amenas máximas*: «Estad quietos, si podéis», «escrúpulos y melancolía, fuera de mi casa», «sed humildes y no altaneros», «el hombre que no hace oración es un animal sin palabra» y –llevándose la mano a la frente– «la santidad consiste en tres dedos de frente». En la ingeniosidad de éstos y otros muchos «dichos» se puede apreciar el conocimiento agudo y realista que había ido adquiriendo de la naturaleza humana y de la dinámica de la gracia. En estas enseñanzas rápidas y concisas traducía *la experiencia de su larga vida y la sabiduría de un corazón en el que moraba el Espíritu Santo*. Para la espiritualidad cristiana, estos aforismos se han convertido en una especie de patrimonio sapiencial.

San Felipe, abierto a las exigencias de la sociedad de su tiempo, no rechazó ese anhelo de alegría, sino que se esforzó por dar a conocer su verdadero manantial, que había descubierto en el mensaje evangélico. La palabra de Cristo es la que modela el rostro auténtico del hombre, revelando los rasgos que hacen de él un hijo amado por el Padre, acogido como hermano por el Verbo encarnado, y santificado por el Espíritu Santo. Las leyes del Evangelio y los mandamientos de Cristo conducen a la alegría y a la felicidad: ésta es la verdad que san Felipe Neri proclamaba a los jóvenes con los que se encontraba en su trabajo apostólico diario (Juan Pablo II, con ocasión del cuarto centenario de la muerte de san Felipe Neri, 1995).

ORATIO

Algunas jaculatorias de san Felipe Neri:

- Aún no te conozco Jesús, porque no te busco.
- Desconfío de mí mismo y confío en ti, Jesús mío.
- Jesús mío, ya te lo he dicho: si no me ayudas, nunca haré nada bien.

- Si no me ayudas, Jesús mío, estoy arruinado.
- Señora bendita, concédeme la gracia de que me acuerde siempre de tu virginidad.
- Virgen Madre, ruega por mí a Jesús.

CONTEMPLATIO

No es tiempo de dormir, porque el paraíso no está hecho para los holgazanes.

Hijitos, vivid con alegría: no quiero escrúpulos, ni melancolías; me basta con que no cometáis pecados.

La melancolía y la mente turbada acarrearán gran daño al espíritu, mientras que la alegría conforta el corazón y hace que se persevere mejor en la buena vida. Por eso, el siervo de Dios debería estar siempre alegre.

No hay que amar a Dios por interés, sino por puro amor, amándole incluso sin ningún gusto sensible, porque así merece ser amado.

No se puede ganar el alma y la ropa del otro. Y quien quiera el fruto de las almas que prescinda de las bolsas. Es preciso decir con san Pablo: «No quiero vuestras cosas, sino a vosotros» (*algunos dichos de san Felipe Neri*).

ACTIO

Repite hoy esta máxima entrañable a san Felipe Neri:
«Escrúpulos y melancolía, fuera de mi casa».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«El santo de la alegría», «el santo humorista», dijo Goethe. El apóstol de Roma desbarata los estereotipos tradicionales de

la santidad. En una época en la que la reforma tridentina imponía una disciplina rigurosa, empleando para tal fin el Santo Oficio, el Índice, la Inquisición, Felipe Neri tranquilizaba, consolaba y atraía al camino de Dios «con gran alegría y facilidad» a quienes se confiaban a él.

Entre todos los santos que contribuyeron a la reforma tridentina, la figura de Felipe Neri es la más pintoresca y cautivadora. Se trata de un hombre que suscita entusiasmo. Su humor, su vena bromista, su tendencia natural a la alegría —muy diferentes de las prácticas austeras de la época—, hicieron que encontrara muchos discípulos. No cabe duda de que aquella alegría le venía de la conciencia continua de la presencia de Dios. Pero antes de comprender la profundidad de su espiritualidad y de conocer los dones y favores místicos con los que había sido colmado, se siente uno conquistado por sus dones naturales: una suavidad radiante, una mezcla de perspicacia y de payasadas, una gran sensibilidad musical y un profundo amor por la belleza de la naturaleza, un realismo pleno de sabiduría y de sentido práctico. Como la melancolía es mala consejera, puso la alegría en el primer puesto, junto a la sencillez y a la dulzura: nada de austeridad desalentadora, sino piedad afectiva, caridad, asambleas calurosas.

En el clima de la reforma católica romana, en cuyo servicio trabajaron hombres fuertes, vigorosos y, en ocasiones, implacables, como Pablo IV, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo o san Pío V, Felipe Neri se abrió un camino original. Humanizó la religión inventando un modelo de confianza y de moderación al que se han vuelto con interés los siglos posteriores (J. Delumeau [ed.], *Storia dei Santi e della Santità cristiana*, Milán 1991, VIII, pp. 99ss).

Visitación de la Virgen María

31 de mayo

La fiesta de la Visitación viene siendo celebrada por los franciscanos desde finales del siglo XIII. El papa Bonifacio IX (1389-1404) la introdujo en el calendario universal de la Iglesia. Clemente VIII (1592-1605) compuso los textos litúrgicos del oficio que precedió a la última reforma. Sólo dos años después de que éste empezara a usarse (1608), san Francisco de Sales ponía el nombre de Visitación a la orden monástica fundada por él en Annecy. Esta fiesta, que tradicionalmente se celebraba el 2 de julio, ha sido anticipada por el nuevo calendario a fin de armonizarla con la memoria de los acontecimientos del Evangelio a lo largo del año litúrgico, situándola entre la Anunciación, 25 de marzo, y el nacimiento de Juan el Bautista, 24 de junio.

LECTIO

Primera lectura: Sofonías 3,14-18a

¹⁴ ¡Da gritos de alegría, Sión;
exulta de júbilo, Israel;
alégrate de todo corazón, Jerusalén!

¹⁵ El Señor ha anulado la sentencia
que pesaba sobre ti,
ha barrido a tus enemigos;

el Señor es rey de Israel en medio de ti,
no tendrás que temer ya ningún mal.

¹⁶ Aquel día dirán a Jerusalén:

«No tengas miedo, Sión,
que tus brazos no flaqueen;

¹⁷ el Señor, tu Dios, en medio de ti,
es un salvador poderoso.

Dará saltos de alegría por ti,
su amor te renovará,

por tu causa danzará y se regocijará,

¹⁸ como en los días de fiesta».

➔ Con el profeta Sofonías nos encontramos en el siglo VI antes de Cristo, en tiempos del rey Josías. Es un período marcado por continuas infidelidades a Dios por parte de Israel, que se ata a alianzas humanas y cede a las modas y a los cultos de los extranjeros. El profeta tiene ante sus ojos esta situación tan amarga y, aunque proclama «*el día terrible de YHWH*» sobre todas las naciones –incluida Judá– y sabe que el juicio de Dios pone al desnudo el pecado, es siempre una invitación a la conversión. Sofonías abre así un claro de luz y de esperanza: la «*hija de Sión*» es invitada a alegrarse y a exultar en vistas de «*aquel día*» (v. 16b), día mesiánico. Ya no es el día de la ira, sino el día de la misericordia, el día del nuevo amor entre Dios y su pueblo. Israel está llamado ahora a ver que «*el Señor es rey de Israel en medio de ti*» (v. 15).

La hija de Sión debe exultar, alegrarse «*de todo corazón*», es decir, con todo su ser, porque –¡gran misterio!– el Dios que parecía alejado ha revocado la condena. Y él goza ya con esto. Dios exulta, Dios realizará el milagro de hacer cosas nuevas, Dios se alegrará por la hija de Sión. Sólo la presencia de YHWH en medio de su pueblo es fuente y motivo de una renovada esperanza. «*No tengas miedo, Sión, que tus brazos no flaqueen*» (v. 16), porque Dios «*es un salvador poderoso*» (v. 17), «*el Señor, tu Dios, en medio de ti*», es el Emmanuel.

Evangelio: Lucas 1,39-56

³⁹ Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, ⁴² exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³ Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴ Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

⁴⁶ Entonces María dijo:

⁴⁷ Mi alma glorifica al Señor
y mi espíritu se regocija
en Dios, mi Salvador,
⁴⁸ porque ha mirado
la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán
dichosa todas las generaciones,
⁴⁹ porque ha hecho en mí
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,
⁵⁰ y es misericordioso siempre
con aquellos que le honran.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo
y dispersó a los de corazón soberbio.

⁵² Derribó de sus tronos a los poderosos
y ensalzó a los humildes.

⁵³ Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos despidió sin nada.

⁵⁴ Tomó de la mano a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia,

⁵⁵ como lo había prometido
a nuestros antepasados,
en favor de Abrahán
y de sus descendientes para siempre.

⁵⁶ María estuvo con Isabel unos tres meses; después volvió a su casa.

➔ Los dos fragmentos del anuncio del nacimiento de Juan el Bautista y de Jesús, en Lucas, convergen en la narración de la visita de María a Isabel. María, como Abrahán, nuestro padre en la fe, se levanta y se apresura a ir hacia la montaña (v. 39). María e Isabel son las dos mujeres que acogen la acción de Dios: la primera de modo activo, con su consentimiento; la segunda de modo pasivo. Ambas, agraciadas, experimentan la acción poderosa del Espíritu Santo. Isabel lleva en su seno al Precursor y, en virtud de esta presencia en ella, da voz al hijo que lleva en sus entrañas indicando ya en la Madre al Hijo. Proclama lo que la ha hecho grande y bienaventurada a María, la fe: «¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (v. 45). Al cántico de Isabel (vv. 42-45) le sigue el cántico de María, que revela la acción poderosa de Dios en ella, la misma que da cumplimiento a las antiguas promesas hechas a Abrahán en favor de Israel. Dios hace maravillas y despliega su poder a partir de la humildad –que es reconocimiento de la propia pobreza radical– de su criatura y de su pueblo (v. 48).

El *Magnificat* es la primera manifestación pública de Jesús, de esta realidad aún escondida pero que se impone ya y obra en los que la acogen, como María: la realidad viva del Verbo encarnado en ella la impulsa a no detenerse en sí misma y la abre a la dimensión del servicio: «*María estuvo con Isabel unos tres meses*» (v. 56).

MEDITATIO

La hija de Sión de la que habla Sofonías y que experimenta la revocación de la condena es figura de María. Ésta ha sido agraciada por Dios, ha sido alcanzada en su pobreza de criatura. Así como Dios interviene con su omnipotencia en favor del pueblo de Israel a partir de la pobreza, así ocurre también con nosotros: Dios despliega su omnipotencia a partir de nuestra pobreza.

María no ve aún la realidad de Jesús presente en ella, pero lo cree ya, igual que el profeta Sofonías no veía aún la realidad de la revocación de la condena, pero la creía ya presente, dentro de la historia de Israel. Son miradas de fe, y también nosotros necesitamos esta mirada, una capacidad visual que penetre en lo hondo de los acontecimientos que vivimos. Un ojo que sepa reconocer que la fe, la alegría que viene del Espíritu y el servicio –los elementos que emergen de las lecturas– son como la punta de un iceberg. Indican que debajo hay algo grande, enorme: *«Aquel a quien los cielos no pueden contener»*.

Es la presencia de Dios lo que motiva y alimenta la fe, la alegría y el servicio. Sin embargo, si dejamos que las tibias aguas de la indiferencia, de la prisa, de los afanes, de nuestra propia realización, se suelten y quiten espacio en nosotros a la presencia de Dios, entonces todo se pone al revés: la fe se convierte en ideología o huida de la realidad; la exultación en el espíritu, en euforia o alegría pasajera y superficial; el servicio, en búsqueda de nosotros mismos o autoafirmación.

Como María, verdadero modelo de discipulado, abramos la mente, el corazón, la vida, a la acogida de la Palabra en nosotros. Entonces también nosotros podremos vislumbrar y cantar con admiración la acción de Dios, que actúa en la historia de la humanidad y en nuestra historia personal. Y podremos decir, en esa caridad mutua que es servicio, que el Reino de Dios, en Cristo, está ya en medio de nosotros.

ORATIO

Daré gracias al Señor con todo el corazón (Sal 111,1a).

¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus decisiones e inescrutables sus caminos! (Rom 11,33).

Justo es el Señor en todos sus caminos, santo en todas sus obras (Sal 145,17).

¿Qué devolveré al Señor por todo lo que me ha dado? (Sal 115,12, Vulgata). Entonces yo digo: Aquí estoy, para hacer lo que está escrito en el libro sobre mí. Amo tu voluntad, Dios mío, llevo tu ley en mis entrañas (Sal 40,8ss).

Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén (Ap 7,12).

CONTEMPLATIO

He aquí cómo la humildad está unida a la caridad en la Señora y cómo su humildad hace que se la exalte. En efecto, «*Dios mira las cosas bajas*» para levantarlas (Sal 93,6; 138,6); por esta razón, al ver a la santa Virgen humillarse por debajo de todas las criaturas, proyectó sus ojos sobre ella y la levantó por encima de todas. Cosa que nos manifiesta ella misma con las palabras del sagrado cántico (Lc 1,48): «Puesto que el Señor ha mirado mi pobreza, mi bajeza y mi miseria, todas las naciones me llamarán dichosa». Es como si hubiera querido decir a santa Isabel: «Tú me proclamas dichosa, y lo soy verdaderamente, pero toda mi felicidad procede del hecho de que Dios ha mirado mi nada y mi abyección». Sin embargo, nuestra Señora no se contentó con haberse humillado hasta ese punto en presencia de la divina Majestad, porque sabía bien que la humildad y la caridad no alcanzan el nivel de la perfección si no se derraman sobre el prójimo.

Del amor a Dios deriva el amor al prójimo, y el santo apóstol decía (Rom 13,8; Gal 5,14; Ef 5,1ss) que en la medida en que tu amor a Dios sea grande lo será también tu amor al prójimo. Esto es lo que nos enseña

san Juan cuando dice (1 Jn 4,20): «*Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve*».

Así pues, si queremos demostrar que amamos mucho a Dios y queremos que nos crean cuando lo afirmamos, debemos amar mucho a nuestros hermanos, servirles y ayudarles en sus necesidades. Así, la santa Virgen, conociendo esta verdad, «*se levantó*» con prontitud, dice el evangelista (Lc 1,39), y «*se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá*» [...], para servir a su prima Isabel en su vejez y en su espera (Francisco de Sales, *Le esortazioni*, Roma 1992, pp. 502ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy las palabras de Isabel: «*¡Dichosa tú, que has creído!*» (Lc 1,45).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la narración evangélica relativa a María hemos de señalar una circunstancia muy importante: ella fue, a buen seguro, iluminada interiormente por un carisma de luz extraordinario, como su inocencia y su misión debían asegurarle; en el evangelio se manifiesta la limpidez cognoscitiva y la intuición profética de las cosas divinas que inundaban su privilegiada alma. Y, sin embargo, la Señora tuvo fe, la cual supone no la evidencia directa del conocimiento, sino la aceptación de la verdad a causa de la palabra reveladora de Dios. «También la Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe», dice el Concilio (LG 58). Es el evangelio el que indica su meritorio camino, que nosotros recordaremos y celebraremos con el único elogio de Isabel, elogio estupendo y revelador de la psicología y de la virtud de María: «*¡Dichosa tú, que has creído!*» (Lc 1,45).

Y podremos encontrar la confirmación de esta virtud fundamental de la Señora en todas las páginas del evangelio donde aparece lo que ella era, lo que dijo, lo que hizo, de suerte que

nos sentimos obligados a sentarnos en la escuela de su ejemplo y a encontrar en las actitudes que definen la incomparable figura de María ante el misterio de Cristo, que en ella se realiza, las formas típicas para los espíritus que quieren ser religiosos según el plan divino de nuestra salvación; son formas de escucha, de exploración, de aceptación, de sacrificio; y, a continuación, también de meditación, de espera y de interrogación, de posesión interior, de seguridad calma y soberana en el juicio y en la acción, y, por último, de plenitud de oración y de comunión, propias, ciertamente, de aquella alma única llena de gracia y envuelta por el Espíritu Santo, pero formas también de fe, y por eso próximas a nosotros, no sólo admirables por nosotros, sino imitables (Pablo VI, «Audiencia general del 10 de mayo de 1967», en *íd.*, *Ave Maria, Madre della Chiesa*, Casale Monf. 1988, pp. 140ss).